

HOMILÍA - SANTA CLARA

Monasterio de Santa Clara, Castrojeriz - 11 de agosto de 2026, 19:00

VII Centenario de la fundación

Con la invitación a esta eucaristía llegó un mensaje de Castrojeriz. Lo firmaba Sor María Jesús. Y casi de pasada, copiaba cinco líneas de un libro que tenéis en esta casa.

«Sor María Pacífica Echezarraga y Garay. Hija de D. Francisco Echezárraga y Dña. Lorenza Garay, vecinos de Zeanuri, Vizcaya. El 22 de junio de 1913, a los 22 años, tomó el hábito como religiosa de Coro. Desempeñó un trienio el cargo de Abadesa y otros oficios en la comunidad. Se distinguió por su observancia regular, penitencia y pobreza. Acabó en el Señor el 12 de enero de 1951.»

Cinco líneas, entre otras muchas reseñas de hermanas que han vivido y entregado su vida en esta comunidad. Reseñas breves, con datos concretos —de dónde vino, qué hizo, cuándo acabó en el Señor— y alguna frase de valoración. Hoy no me detengo en María Pacífica, nacida el 23 de julio de 1891 y bautizada Magdalena en Zeanuri, porque ella sea un caso de particular mérito. Ella es sencillamente una hermana entre los cientos de hermanas reflejadas en ese libro de necrológicas, que han ido trenzando la vida de esta comunidad centenaria. Pero la cito porque lleva mi apellido: Francisco y Lorenza eran mis bisabuelos, y ella fue la hermana de mi abuelo Ignacio, el padre de mi madre. No la conocí nunca. Pero esa ficha me ha servido para hacer algo valioso: ayudarme a leer las de al lado. Setecientos años de mujeres cuya vida queda reflejada en unas pocas líneas. Hoy, unidos a todas ellas, celebramos la fiesta de Santa Clara. Esto es comunión de los santos.

Así que dejadme hablar de ellas. De todas las hijas de Santa Clara que han vivido aquí su vocación.

Y empiezo por donde empieza la Palabra proclamada, por este Dios que no firma contratos, sino que habla como enamorado: «La atraeré, la llevaré al desierto y le hablaré al corazón... Te desposaré conmigo para siempre, te desposaré en justicia y en derecho, en misericordia y en ternura; te desposaré en fidelidad, y conocerás al Señor.»

Tres veces «te desposaré». Y cinco palabras para decir cómo: justicia, derecho, misericordia, ternura y fidelidad. Ninguna habla de imposición. Y fijaos dónde ocurre: en el desierto. Dios se lleva aparte a la que ama, la saca de la vida ordinaria, la lleva al lugar del silencio, y allí le habla al corazón.

Yo he mirado esas fichas y he visto el desierto de Oseas escrito en cada una. Chicas de veinte, de veintidós, de diecinueve años, salidas de sus pueblos, de sus valles, de sus casas, para venir a este pueblo de Castilla. Magdalena vino desde Vizcaya y no volvió jamás; su pueblo la olvidó, y hoy en Zeanuri no queda nadie que sepa su nombre, ni el de bautismo, ni el de profesión, y la casa donde ella nació se encuentra en ruinas. Y como ella, tantas y tantas. Pero aquí no hay olvido: setecientos años de llamadas, de bodas, de fidelidad; una fidelidad que hoy cuesta incluso imaginar, la fidelidad de una relación amorosa.

Porque eso es lo que hemos venido a celebrar. Esta historia no puede reducirse a la de unas mujeres que aguantaron porque no tenían más remedio. Sus historias fueron distintas y no conocemos todos sus pliegues. Pero el libro da testimonio de algo que la mera resistencia no explica: mujeres que un día se sintieron llamadas y que, con fragilidad y constancia, mantuvieron vivo ese amor; mujeres capaces de levantarse día a día, mes a mes, durante años a rezar de madrugada y hacerlo con alegría y buen ánimo.

DOS FUGAS, LA MISMA PUERTA

Hay una escena en la vida de Clara que la Iglesia entera recuerda. La noche del Domingo de Ramos de 1212, una chica de dieciocho años de la nobleza de Asís se escapa de su casa por la puerta de los muertos —la puerta pequeña por donde solo salían los difuntos—, cruza el campo de noche y llega a la Porciúncula, donde le cortan el pelo. Se fue de casa. Rompió con su padre. Y no volvió.

Es exactamente lo que ha cantado el salmo hace un momento: «Escucha, hija, mira: inclina el oído, olvida tu pueblo y la casa paterna.»

Durante siglos, entre estos muros, ese mismo gesto se ha repetido cientos de veces. Sin dramatismo, sin escapada nocturna, muchas veces con la bendición de los padres y otras sin ella —pero con la misma ruptura de fondo: olvida tu pueblo y la casa paterna. Cada una de las mujeres de ese libro hizo lo que hizo Clara. Por eso están en él.

Y aquí es donde entiendo yo el Evangelio de esta tarde. Jesús no dice «aguantad como sea». Dice: permaneced en mí, y yo en vosotros. No es lo mismo. Las piedras duran; estos muros duran, y son hermosos. Pero el sarmiento no dura: o da fruto o se seca. Y al sarmiento que da fruto no lo meten en una vitrina —lo podan. Lo que cumple hoy setecientos años no es un edificio que se ha ido renovando y resistiendo. Es una vid podada una y otra vez, muchas veces.

Ninguna de las hermanas de ese libro fue el monasterio. Ninguna fue la esencia de la comunidad del momento. Cada una fue un sarmiento, un tramo pequeño, treinta y ocho años, o cincuenta, o doce. Y ninguna dio fruto por su cuenta. Sin mí no podéis hacer nada. Dicho a una comunidad numerosa y fuerte, como la que hubo en otros tiempos, eso suena a advertencia: no os envalentonéis. Dicho a una comunidad pequeña, es otra cosa. Una noticia que alivia y serena. Es el Señor diciendo: tranquilas, que esto lo llevo yo. Nunca lo llevasteis vosotras.

CINCO LÍNEAS PARA DECIR LO ESENCIAL

Vuelvo al libro, porque lo primero que sentí al leer esas fichas fue cierta añoranza. Toda una vida —y el resumen cabe en cinco líneas. Me equivocaba. Esa reacción es nuestra, es de nuestro tiempo, y es la de quienes leen lo que aquí ha sucedido imponiendo a la vida con Dios categorías de este mundo.

Pensémoslo un momento. La vida humilde de una comunidad de fe dentro de estos muros mientras al otro lado, solo por referirnos a los últimos 100 años, pasaba de todo: la Primera Guerra Mundial, la República, la Guerra Civil, la Segunda Guerra Mundial, el hambre de la posguerra. Las fichas no mencionan nada de eso.

Mencionan la observancia, la penitencia, la pobreza. Y ahí está la clave: cinco líneas es lo que queda cuando le quitas a una vida todo lo que no es verdad. Los currículos largos caducan. Los titulares de 1913 no los recuerda nadie esta tarde. Y sin embargo sabemos, con fecha exacta, que el 22 de junio de ese año una chica se desposó con el Señor en esta casa; y lo sabemos también de otras muchas religiosas.

Un currículum de cinco líneas deja poco espacio para la retórica. También una necrología selecciona y calla cosas; no pretende contarle todo. Pero, cuando una vida se ha compartido durante años, esas pocas líneas pueden señalar lo esencial que la comunidad reconoció en ella. Y aun eso verdadero viaja en vasijas de barro. Porque, cuando la nota se escribe en el libro, queda claro que lo que una hermana pudo hacer no fue solo mérito suyo, sino reflejo de la fuerza extraordinaria de Dios en quien se deja modelar.

Y el libro sigue abierto. Hermanas: detrás de la última línea escrita hay páginas en blanco.

Sé lo que puede pensarse ante un aniversario tan redondo —siete siglos—: que es, sobre todo, una manera elegante de mirar hacia atrás, hacia todo lo importante que pasó. Pero no es así. Esas páginas no las llenan las que aguantan por aguantar: las llenan las que permanecen. Y permanecer no es resistir el maratón de los años. Permanecer será mañana, cuando suene la campana y os levantéis otra vez a rezar. Setecientos años no son una herencia que custodiar: son esa campana, sonando una vez más.

Vuestros nombres irán a ese libro. Cinco líneas cada una. No saldrán en los periódicos, ni en los telediarios, ni en las redes sociales. Pero esas cinco líneas no dirán lo que cada una fue para el mundo; dirán lo que fue para el Creador de ese mundo y para su Salvador. Ese es el único archivo que importa, y esta casa lleva setecientos años sosteniéndolo: guardar la memoria de unos nombres que Dios no olvida.

Clara se escapó de su casa de noche, vivió pobre, murió sin ningún poder y no dejó descendencia. Hoy su nombre está en el calendario de la Iglesia entera. Y con el suyo vive una lista interminable de mujeres —las de ese libro vuestro, las de otros muchos libros— que fueron sarmientos unidos a la misma vid.

Que Él os siga desposando. Cada nuevo día, en fidelidad. Amén.
